
Ética cristiana de la profesión

Alfonso Llano Escobar, S.J.*

INTRODUCCION

Para fundamentar una reflexión sobre la ética cristiana de la profesión hoy día, tenemos que tratar de reubicar la profesión dentro de los renovados horizontes trazados por el Vaticano II y la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla.

Ambos Documentos, dotados de una singular autoridad, por pertenecer al Magisterio de la Iglesia Católica, nos invitan a entrar dentro de una renovada interpretación de la escatología cristiana, a partir de la cual nos será no sólo lícito sino necesario e imperativo entender la vocación profesional no como puro y simple cumplimiento de un deber impuesto desde fuera, sino como el

ejercicio de una vigilante conciencia crítica y hasta profética, llamada de continuo a preguntarse por el sentido de la profesión como compromiso y como servicio.

No podemos menos de saludar con alegre asentimiento esta revisión de la escatología cristiana ya que la visión tradicional del trabajo, condicionada por una interpretación espiritualista de la escatología, en virtud de la cual la esperanza del cristiano quedaba bastante relegada a una exclusiva dimensión ultramundana, corría el peligro de encerrar al profesional en una estructura social, quietista y conservadora, que ponía, como centro de la ética cristiana de la profesión, una fidelidad acrítica, si no pasiva, a un código de deberes profesionales, impuesto "desde fuera".

* Doctor en Filosofía y en Teología Moral; Decano del Medio Universitario en la Facultad de Medicina de la Universidad Javeriana; Profesor de Ética y de Moral en varias Facultades de la misma Universidad.

Tal interpretación espiritualista y ultra-histórica de la escatología, deficiente ya para su época, resulta insuficiente y aún peligrosa para el profesional de nuestro mundo contemporáneo, más complejo y expuesto a cerrarse sobre sí mismo en una concepción materialista intra-mundana, dominada por el ansia de dinero.

Lamentablemente las profesiones sufrieron las consecuencias de una peligrosa y unilateral espiritualización de la dimensión escatológica del compromiso cristiano hasta el punto de quedar hoy día casi privadas de parámetros éticos que les proporcionen pautas y senderos cristianos para su ejercicio cotidiano por la volatilización de la esperanza en una "fraseología exangüe".

Lo dicho no debe interpretarse como si los actuales teólogos de la escatología cristiana se mostraran ufanos de haber resuelto ya la tensión entre presente y futuro, entre el "más acá" y el "más allá", entre trabajo humano y obra de Dios. Y como si la interpretación tradicional, a su juicio, fuera falsa y tan sólo ahora estuvieran descubriendo el verdadero cristianismo. Baste citar a uno de los grandes, J. Ratzinger, quien afirma expresamente, en su reciente obra *Escatología*. "El otro aspecto de este coraje (por re-pensar lo antiguo y tradicional) debería ser la modestia de no creer que es ahora cuando, gracias a la genialidad propia, hay que descubrir el verdadero cristianismo. Y tras esa modestia debiera aparecer algo más grande: la humildad de rendirse a la realidad, la humildad que no in-

venta la realidad cristiana, sino que le encuentra en la comunión sacramental de la fe de todos los tiempos". (1)

La fe es vida y por ello crece y necesita encarnarse en las nuevas culturas y en los nuevos tiempos, con humildad y audacia a la vez, so pena de languidecer y no responder a las exigencias del hombre moderno. Dentro de estas coordenadas se sitúa el presente trabajo cuyo objetivo lo indica el título lo mismo.

Pretendemos ofrecer a la comunidad universitaria, Directivos, Profesores, Estudiantes y Personal auxiliar, algunas perspectivas, (enfoques, valores, criterios), que ayuden a reorientar la ética profesional cristiana. Objetivo tan alto y difícil no puede ser empresa de una persona sino tarea de la misma comunidad universitaria, que en virtud de la exigencia de su catolicidad, se empeñe en situar históricamente el Mensaje cristiano en el marco de una autocrítica de la razón histórica e interpretarlo en el contexto del movimiento histórico, para trazar, al menos, las pautas éticas del ejercicio profesional.

Este objetivo nos invita a ordenar nuestro trabajo en las siguientes partes:

- I. Tratar, ante todo, de reubicar la profesión dentro de una actualizada concepción del cristiano en el mundo, en nuestro mundo científico y predominantemente, urbano.
- II. En una segunda parte intentaremos describir la "existencia profesional" y llamar la atención sobre

(1) *Escatología*, edit. Herder, Barcelona, 1980, p. 67.

algunos problemas específicos de la misma (existencia profesional) como serían:

Profesión y técnica
Profesión y ética
Profesión y fe.

A modo de conclusión, haremos una reflexión sobre la función crítica de la ética profesional frente a la institución universitaria.

PRIMERA PARTE:

1. Reubicación de la profesión dentro de una actualizada concepción del cristiano en el mundo.

Aclaraciones:

1a. La ética profesional cristiana no puede desentenderse de la nueva concepción de hombre que está surgiendo en el siglo actual.

“Un ethos o una religión que, en beneficio de situaciones más antiguas, quisieran negar las estructuras fundamentales y esenciales de un estado de conciencia ya alcanzado, podrían ciertamente impresionar a ciertos espíritus como intentos restauradores y quizá durante largo tiempo ganarían relativamente muchos adeptos. Sin embargo estarían internamente anticuadas y condenadas a extinguirse. Puede decirse hoy día que un ethos que, por ejemplo, pretendiera anular el progreso técnico, o pusiera en tela de juicio la experiencia de la unidad del mundo y de su esencial munda-

nidad, había de quedar suprimido por el futuro” (2)

2a. Curiosamente tanto el Vaticano II como la Conferencia de Puebla enfocan, la doctrina que tratan, desde el ángulo histórico.

Resulta increíble la forma abierta y sencilla como el Vaticano II acepta el cambio de visión que se ha operado en la humanidad.

“La propia historia está sometida a un proceso tal de aceleración, que apenas es posible al hombre seguirla. El género humano corre una misma suerte y no se diversifica ya en varias historias dispersas. La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva; de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis” (3)

“Según creo, afirma el mismo Ratzinger, es la primera vez que hablando del mundo de nuestro tiempo, en documento conciliar se atreve un incluir expresamente en su principio el factor de la historicidad”. (4)

Puebla no se queda atrás en la aceptación de la dimensión histórica. Dedicó precisamente toda la primera parte del Documento a presentar una visión pastoral de la realidad Latinoamericana. Y como si no bastara, al introducir cada uno de los temas centrales de que trata, presenta una visión correspondiente de la realidad.

(2) Ratzinger, en *Fe y Entendimiento del Mundo* J.B. Metz. Taurus, 1970 p. 281—2.

(3) G.S. n. 5.

(4) *Fe y Entendimiento del Mundo*, p. 280.

3a. Este esfuerzo de aggiornamento que hace el Magisterio de la Iglesia no constituye una medida externa táctico—pedagógica, ni es una especie de “captatio benevolentiae” para hacer más aceptable su mensaje. Tal actitud y tal visión corresponden a una exigencia misma de carácter vivencial de la fe. Sólo entrando de lleno y encarnándose en la historia puede la Iglesia traducir adecuadamente su mensaje al lenguaje actual, como lo hiciera el primitivo cristianismo con la cultura greco—romana.

4a. Una primera observación nos parece legítima y necesaria. La cátedra de ética profesional no puede reducirse, hoy menos que nunca, a transmitir sin más normas hechas en tiempos pasados, que deban aceptar y aplicar hoy nuestros futuros profesionales. Debiera dejarse margen a ellos para que tomen parte en el proceso de revisión y actualización de las pautas antiguas y creación de otras nuevas teniendo en cuenta los cambios actuales. Paul Spörken en su reciente obra *Medicina y Ética en discusión* comienza con la siguiente afirmación: “Las intuiciones éticas que se nos han transmitido aparecen hoy día, debido a la mutación de nuestra idea del hombre y del mundo, sometidas a una profunda revisión crítica”. (5)

B. Häring, el gran renovador de la moral, cuenta en la Presentación de su obra *Moral y Medicina* que Ediciones Paulinas le pidieron revisar y poner al día el texto de E.F. Healy sobre ética médica, que llevaba varias ediciones y gozaba de gran

prestigio entre médicos y moralistas. Confiesa que le fue imposible la tarea. “En los últimos treinta años la medicina ha hecho una verdadera revolución. Además, los nuevos progresos de la teología católica, durante y después del Vaticano II, y el diálogo no sólo ecuménico, sino también el diálogo con otras ciencias plantean muchos problemas bajo una nueva luz y exigen que sean afrontados con este nuevo contexto y estas nuevas perspectivas. No teníamos, continúa Häring, respuestas dadas de una vez para todos los nuevos problemas. Hoy debemos empeñarnos lealmente en conjugar la fidelidad a nuestro pasado con las exigencias de los tiempos nuevos, y sobre todo, del diálogo con las otras ciencias” (6)

La mencionada revolución de la medicina, vale prácticamente de todas las profesiones.

5a. El cambio que vivimos y sufrimos de una concepción a otra del hombre y del mundo es más radical y acelerado de lo que nos damos cuenta.

La ciencia y la técnica se adelantaron a la moral. Los males que de este paso desigual se han seguido pueden concretarse en el que menciona el Pontífice actual con el nombre de alienación que no es otra cosa que la pérdida de convivencia con el grave peligro de una carencia de responsabilidad.

“Ahora bien, precisamente al desarrollarse en forma tan extraordinaria la técnica, pero al perder, al mismo tiempo, el hombre el control

(5) *Medicina y Ética en Discusión*, edit. Verbo Divino.

(6) *Moral y Medicina*, editorial P.S., Madrid 1971. Presentación, p. 5.

de ella para servir la causa de la humanidad, se ha producido una situación que Juan Pablo II califica como "alienación". "En esto parece consistir el capítulo principal del drama de la existencia humana contemporánea, en su dimensión más amplia y universal" (RH 15 b). "El progreso de la técnica y el desarrollo de la civilización de nuestro tiempo, que está marcado por el dominio de la técnica, exigen un desarrollo proporcional de la moral y de la ética. Mientras tanto, éste último parece, por desgracia haberse quedado atrás" (RH 15 d). "La situación del hombre en el mundo contemporáneo parece distante tanto de las exigencias objetivas del orden moral, como de las exigencias de la justicia, o más aún, del amor social" (RH 16 a,c). La humanidad está reproduciendo a gran escala la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro. "La amplitud del fenómeno pone en tela de juicio las estructuras y los mecanismos financieros, monetarios, productivos y comerciales que, apoyados en diversas presiones políticas, rigen la economía mundial: ellos se revelan casi incapaces de absorber las injustas situaciones sociales heredadas del pasado y de enfrentarse a los urgentes desafíos y a las exigencias éticas" (RH 16 e)." (7)

2. El cristiano en el mundo

Antes de determinar el problema que le crea el mundo al cristiano tratemos simplemente de aducir los datos del problema para poder entender cuál es el problema mismo del cristiano en el mundo.

2.1. Los datos del problema

Todo problema, sea éste matemático, lógico o existencial, consiste en disponer de unos datos conocidos que cuestionan la inteligencia por carecer de un dato desconocido, cuyo hallazgo resuelve el problema. Tal hallazgo debe obtenerse por vía racional. Si se lograra por adivinación daría al problema el carácter de enigma o acertijo. La existencia humana constituye un auténtico problema, por no decir, *el problema* por autonomasia de la creación. Su solución no es asunto de suerte o de adivinación. Es obra de la "inteligencia" de Dios y su apropiación por la fe no se hace ordinariamente sin la colaboración razonable del hombre.

2.1.1. El mundo

El primer dato del problema es el mundo. No resulta fácil captar este dato. Si a primera vista parece un concepto común, conocido por todos, cuando se trata de usar dicho término en forma científico-teológica el asunto se pone difícil. Precisamente por tratarse de un concepto histórico, entender, o mejor, aproximarse a una inteligencia del mundo, no es posible sin tener en cuenta al hombre, para el cual el mundo *es* mundo, es objeto de su relación existencial y marco de referencia en continuo cambio, precisamente por la relación dialéctica con el mismo y por constituir las coordinadas espacio-temporales dentro de las cuales se comienza a realizar la existencia humana como tal.

(7) R. Antoncich, *Los Cristianos ante la injusticia*, ediciones Grupo Social. p. 72.

Los cuatro significados o niveles de El Mundo

1o. En primer lugar, la palabra "mundo" puede designar simplemente el cosmos ante el que nos encontramos, aquella realidad extrahumana, no hecha por el hombre, sino la que encuentra el hombre como anterior a él e independiente de él.

De reducirse el mundo a esta primera significación no crearía mayor problema al hombre, ni al cristiano en particular.

En un tal cosmos fáctico, el cristiano descubriría la presencia de su Creador. La diferencia entre el cristiano y el griego (el no-cristiano) radicaría en que éste último no vería en el mundo la obra de Dios ni entendería su presencia (la del hombre) en el mundo como una tarea, como el cometido de trabajarlo y transformarlo para hacer de él, su mundo.

"El pensamiento griego desconoce a un Dios creador y pone en su lugar un Dios inferior, el demiurgo, quien configura la materia dándole forma. Con ésto se corresponde la apreciación negativa del trabajo, característica de la Antigüedad: paralelamente a los dioses, los hombres relegan también el trabajo a la exclusiva de las clases sociales inferiores. El hombre libre, en cambio y a semejanza de la divinidad suprema, se entrega a la contemplación meditativa de lo verdaderamente eterno". (8)

2o. "Mundo" puede significar también lo siguiente: la reali-

dad ante la cual el hombre se encuentra y a la que el hombre mismo con su trabajo ha conferido ya su forma y sentido.

En esta nueva significación que implica la anterior pero elevada a una nueva dimensión, el mundo deja ya su carácter objetivo y externo para convertirse o al menos para empezar a serlo tal, el mundo del hombre, su mundo.

El trabajo y más tarde la profesión concretan la relación dialéctica entre el hombre y el mundo según la cual mientras el hombre "hace" al mundo "a su imagen y semejanza", a su vez el mundo "hace" al hombre o al menos le deja su "impronta" mundana ya que también lo "hace a su semejanza".

Quizás en ésta última consideración cabría hallarle una explicación al hecho curioso y no resuelto que sepamos, de la atribución que hace la Sagrada Escritura del trabajo, la técnica y aún la civilización al "malo" Caín y no al justo Abel, juicio que se repite en la construcción de la Torre de Babel.

Hizo falta la intervención (trabajo) de Dios para redimir al trabajo humano de su inevitable tendencia a la mundanización y aún "demonización".

3o. Un tercer paso nos ayuda a entender al mundo no ya como el mundo del hombre y para el hombre sino un mundo con el hombre, un mundo del cual el hombre forma parte y parte principal!

Tratemos de comparar esta tercera acepción de mundo con las dos

(8) Ratzinger, en *Fa y Entendimiento del mundo*, obra dirigida por Johannes B. Metz, ediciones Taurus, Madrid 1970, p. 270-271.

anteriores para entender mejor su diferencia a la vez que su relación.

Si en la primera acepción el mundo es el cosmos, la tierra frente a la cual se encuentra el hombre, la ética cristiana interpreta la presencia del hombre en el mundo como una relación laboral. El cultivo de la tierra, el trabajo en su sentido material constituye el primer cometido del hombre frente a tal mundo.

En la segunda acepción, el mundo empieza a ser entendido por el hombre. Este le va dando forma y sentido. El ethos cristiano se vuelve más exigente y le pide al hombre que su presencia en el mundo cree cultura y civilización. Su trabajo no puede encerrarse en el contorno meramente material. Aquí hace ya su aparición el trabajo profesional y se crea la relación dialéctica entre hombre y mundo que anuncia el problema del cristiano en el mundo.

En la tercera acepción, el mundo, como consecuencia de su culturización y de su dimensión de sentido le plantea al hombre la pregunta ética por excelencia, a saber, qué sentido tiene su existencia mundana, es decir, espacio temporal. Y aquí es donde el problema específicamente humano adquiere toda su envergadura. La presencia del hombre en el mundo, en este mundo ya humano, se va a caracterizar por la conciencia moral, por la deliberación, la decisión y la ejecución, que constituye la estructura dinámica racional o ética de la acción o trabajo del hombre en un mundo hu-

mano. Podríamos definir entonces este "mundo" como el conjunto de las relaciones humanas, por las que el hombre se encuentra referido a la configuración de las formas terrenas de su existencia. Con la pregunta por el sentido de su existencia, vale decir, por el sentido de la existencia de toda la humanidad, pregunta que a su vez incluye por definición, la pregunta por el sentido de toda la creación, el hombre empieza a romper el círculo hasta entonces cerrado de su presencia en un mundo sólo intra temporal e intra espacial, para lanzarse más allá del tiempo y del espacio, más allá de sí mismo y de su muerte, más allá de sí mismo para encontrarse a sí mismo en una auténtica autotranscendencia. Aquí queda esbozado el problema crucial del hombre en el mundo, problema que debe plantear, como cometido principal, toda ética profesional que no se quiera ir por las ramas.

El concepto de mundo para el profesional representa simplemente uno de los polos de su propia existencia. Precisamente el polo que, por ser mundano, cuestiona su existencia racional y como tal, abierta a lo infinito. No sin razón el genio de Pascal intuyó que el hombre no es comparable a la roca sino a la flecha cuando afirmó en sus célebres "Pensamientos": "El hombre supera infinitamente al hombre". (9)

Así, la presencia del profesional en el mundo no puede asemejarse a la del hombre instalado en su mo-

(9) La cita completa es: "Conoce, pues, soberbia, qué paradoja eres contigo misma; humíllate, razón impotente; cállate, naturaleza imbécil. Aprended que el hombre sobrepasa infinitamente al hombre, y oíd de vuestro maestro lo que ignoráis. Escuchad a Dios. (Pensamientos, Art. XXII, I).

rada definitiva, sino a la del tirador de la flecha, con los ojos puestos en la meta que debe descubrir y alcanzar.

4o. Nos falta una última acepción de mundo, por cierto, la principal, como que nos da la clave para la solución del problema del profesional cristiano en el mundo.

“Y el Verbo se hizo carne y puso su tienda en el mundo”. (10)

Este mundo, este cosmos trabajado por el hombre obrero, culturizado por el profesional, humanizado por la acción moral, no es ya sólo el mundo del hombre, el mundo humano, sino el mundo del hombre—Dios, Jesucristo. En Jesucristo, Dios en persona vino a trabajar el mundo, a interpretar y llenar de sentido el mundo, a humanizar el mundo, a divinizar el mundo. La vida de Cristo, es decir su existencia activa, “su trabajo profesional”, consistió en la obra titánica, perdón, qué titánica ni menos leviatánica, sino precisa y exclusivamente *cristiana*, de llevar al hombre con su mundo, puesto que se llevó consigo una porción material de nuestro mundo, su humanidad, más allá de la muerte, es decir, más allá de las fronteras espacio—temporales, nada menos que al mundo de Dios, el cielo, la eternidad!

Los otros datos del problema

A la luz de estas reflexiones sobre los conceptos escalonados de “mundo”, ya los otros datos del problema dejan de ser meros datos para aparecer iluminados por el concepto de un “mundo nuevo”, de un

mundo cósmico, humanizado por el hombre y divinizado por Jesucristo, el hombre—Dios.

2.1.2. *El hombre frente a un mundo nuevo*

El hombre, cualquier hombre que haga su aparición en este mundo actual, en este mundo nuevo, no puede ser visto ni entendido como un mero hombre. Ya se trata de un hombre potencialmente cristiano, exigitivamente referido a Cristo, concebido y nacido en un mundo tensionado, como partículas de metal sobre un campo magnético, por la presencia atrayente de Cristo.

Toda nueva creatura nace con la vocación cristiana inscrita hasta en los últimos átomos de su ser. No se puede ser hombre y no cristiano sino mediante un rechazo explícito de Jesucristo, rechazo que no borra tan santa vocación o indeleble carácter, sino por el contrario, convierte dicho carácter en signo y raíz de su frustración.

2.1.3. *Trabajo y profesión*

La existencia y por el mismo hecho el trabajo del hombre en el mundo los concibe el ethos cristiano como una tarea de auto—superación, cuyo programa queda esbozado en los cuatro niveles o acepciones del mundo, que corresponden a cuatro dimensiones del mismo, inmanentes la una en la otra. Cada una de las tres primeras posee su propia naturaleza y limitada autonomía pero permanece tensionada por la última que constituye el

(10) Jo. 1, 14.

valor absoluto, el sentido último de toda la estructura mundana y, por lo mismo, el centro de gravedad de toda la creación, de toda existencia, de todo trabajo y profesión.

Este esquema teológico de la existencia del hombre en el mundo fundamenta una auténtica ética de la profesión que evita dos escollos que dan lugar a dos pseudo-éticas del trabajo.

Una concepción horizontalista y no dinámica del mundo que desvirtúa y fuerza el ordenamiento radical de la creación al hombre y a Dios, consiste en la creencia de un mundo completamente secular y por lo mismo totalmente autónomo. Tal creencia posibilita y desemboca de hecho en el pecado original, negación de la autotranscendencia del hombre, cerrazón sobre sí mismo, asfixia del mundo cósmico por falta de aire o medio divino, según la feliz expresión de Teilhard. (Cfr. su obra que lleva este título).

No estamos emitiendo conceptos personales sino presentando la doctrina misma que el Magisterio de la Iglesia nos expuso recientemente en el Concilio Vaticano II. "El hombre, enseña la Constitución *Gaudium et Spes*, cuando examina su corazón comprueba su inclinación al mal y se siente anegado por muchos males que no pueden tener origen en su Creador. Al negarse, con frecuencia, a reconocer a Dios como su principio rompe la debida subordinación a su último fin y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los

demás y con el resto de la creación" (11)

El mismo Concilio es claro y enfático en afirmar la autonomía relativa del mundo, cuando enseña: "Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y propios valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte. Por ello la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada de una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aún sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser. Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a

(11) G.S. 13.

establecer una oposición entre la ciencia y la fe". (12)

Allí mismo se condena la falsa autonomía y se hace ver, consecuentemente, que su aplicación lleva al hombre a su propia destrucción. "Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La criatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios, la propia criatura queda oscurecida". (13)

El ethos cristiano, fundado en estos principios teológicos, descarta una actividad humana meramente secular, algo así como un trabajo sin descanso, una semana sin domingo, un mundo sin Dios. El trabajo, salva su relativa autonomía, ya está tensionado alegremente por el descanso, la semana brilla iluminada por el domingo y el hombre oculta, a la vez que revela, una potente imagen de Dios.

Una ética profesional, cuyos parámetros fueran meramente mundanos aun incluyendo al hombre según la tercera acepción arriba descrita de mundo, constituiría una pseudo-ética y en el fondo una ética contraria al hombre y destructora del mismo.

Otra falsa ética profesional, más frecuente en el campo cristiano, representa un honesto aunque equivocado intento de superar la anti-nomía mundo y Dios por la santificación del trabajo mediante la recta intención. Gráficamente tal concepción de la ética equivaldría a rociar agua bendita sobre el surco para santificar desde fuera el trabajo y hacer fecunda cristianamente la profesión!

Precisamente la actividad humana del hombre de fe en Jesucristo es el puente tendido entre el mundo y Dios, puente que no está representado por una idea ni por una ideología, sino por una existencia y por un trabajo, la vida y obra de Jesucristo, el hombre-Dios. En El, el trabajo se convirtió en amor. "El Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho El mismo carne y habitando en la tierra, entró como hombre perfecto en la historia del mundo, asumiéndola y recapitulándola en sí mismo. El es quien nos revela que Dios es amor (I Jo. 4, 8), a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor". (14)

Es pues este mismo marco teológico de la presencia del cristiano en el mundo, renovada por el Concilio, el que descarta la ética vertical espiritualista que concebía el trabajo como mundano y opuesto a la fe del creyente en Cristo, ética que no

(12) GS. 36.

(13) GS. 36.

(14) GS. 38.

podría menos de producir una especie de esquizofrenia profesional.

2.1.4. *El mundo actual*

El mundo se encuentra siempre caracterizado por la historicidad. Afirmación que implica como consecuencia el que la relación del hombre con el mundo no se encuentra fijada de una vez por todas sino que es cambiante y que exige del profesional y del ethos cristiano un continuo esfuerzo de reflexión por interpretar su situación en un mundo nuevo para deducir las nuevas pautas éticas que orienten el ejercicio profesional. Tal esfuerzo de adaptación o de actualización del mensaje cristiano se lo debemos al *anciano* Pontífice Juan XXIII quien consagró el término italiano de *aggiornamento*, vocablo que viene a su vez del verbo *aggiornare* y este finalmente del sustantivo *giorno* que se traduce por hoy en castellano. *Aggiornamento* se traduciría entonces por poner al día.

Esta consideración nos invita a detectar algunas de las características principales del mundo actual, que nos ayuden en nuestra tarea de reubicación de la profesión dentro de una concepción actualizada del cristiano en el mundo.

1a. Secularización del mundo

El mito desempeñó un papel importante como la primera interpretación religiosa del cosmos. Cielo y tierra venían mitologizados desde siglos atrás. El origen mismo del hombre, su naturaleza y su muerte

anduvieron también por siglos envueltos en los ropajes del mito. El descubrimiento de América marcó el hito inicial de la desmitologización de la tierra y del mar.

Copérnico dió comienzo a la desmitologización del cielo que luego fue continuada por Galileo y consumada por Einstein en nuestro siglo y por los vuelos espaciales.

Los mitos homéricos, bíblicos, platónicos y dantescos han cedido su puesto a las huellas humanas que han pisado el mundo para tomar posesión de él, en obediencia a la orden del Creador: "creced y dominad el mundo". (15)

En todas sus dimensiones el mundo no es más que mundo, el mundo del hombre.

A este propósito observa J. B. Metz "En el mundo no descubrimos ya directamente las "huellas de Dios", las vestigia Dei, sino las "huellas del hombre", las vestigia hominis, de su acción transformadora del mundo". (16)

La experiencia que se sigue para el hombre de esta característica es la de hallarse en su casa o la de sentirse como el pez en el agua. Así lo capta R. Kwant cuando dice: "Los hombres modernos nos sentimos adictos al mundo. Una vez oí hablar a una persona de este problema en los siguientes términos: los hombres modernos nos sentimos en el mundo como el pez en el agua. El filósofo de nuestros días caracteriza al hombre como unido al mundo con todas las fibras de su ser". (17)

(15) Gen. 1, 28.

(16) Teología del Mundo, ediciones Sígueme, Salamanca, 1970, p. 111.

(17) El Cristiano en el mundo. Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1965, p. 9.

2a. Experiencia de la factibilidad del mundo

Seguimos en este punto el pensamiento de Ratzinger cuando afirma "Como consecuencia evidente de la experiencia de la mundanidad del mundo, se deduce el conocimiento de su factibilidad, que desde el principio del siglo XIX introduce la segunda fase de la modernidad, la fase de la configuración técnica del mundo... Ciertamente es un hecho palmario que la situación del hombre se ha transformado...

a) Se ha transformado la actitud frente al trabajo y a los objetivos terrenos. Mientras que la Edad Antigua tenía por ideal verdadero el de la liberación completa de los negocios terrenos en orden a la "desocupación para la verdad", y juzgaba la preocupación por lo terreno como una carga y una distracción de lo auténtico, el hombre actual considera el servicio al mundo casi con una especie de unción religiosa.

b) Se transforma, continúa Ratzinger, la actitud frente a la cultura y la ciencia. La arrogante frase de Tertuliano: "¿Qué tiene que ver Jerusalén con Atenas?" expresa en verdad una postura excesivamente avanzada, pero caracteriza a la vez una actitud radical del espíritu.

c) Finalmente, se ha transformado también la actitud frente a la comunidad humana. La Edad Antigua y la Edad Media intentaban

superar el problema de la necesidad ajena preponderantemente en la forma de la "caritas", es decir, mediante un alivio momentáneo de la necesidad... Hoy día, en cambio, encontramos una propensión casi fanática hacia la justicia, hacia la creación de estados y reglamentos que garanticen a cada uno sus derechos de modo que nadie necesite ya de la "limosna". (18)

3a. Orientación hacia el futuro

Tomamos esta nueva característica del mundo actual, del teólogo alemán J. B. Metz, quien la relaciona íntimamente con la anterior de la experiencia de factibilidad.

"La relación con el mundo, ante la cual la fe cristiana ha de dar razón de su esperanza, está orientada, en un sentido fundamental hacia el futuro. Por tanto no es puramente contemplativa. Sino que su orientación es marcadamente operativa... El futuro al que aquí nos referimos, es, en un sentido esencial, una realidad que todavía no existe, más aún, que no ha existido jamás: es la "nueva" en el sentido propio". "En esta orientación hacia el futuro, el hombre no experimenta ya su mundo como un destino impuesto, como una naturaleza que le rodea majestuosamente y que es inviolable. Sino que el mundo se le presenta como un mundo que está surgiendo —haciéndose— por el hombre y por su actuación técnica, y que con ello se está haciendo secular". (19)

(18) *Fe y Entendimiento del Mundo*, Ediciones Taurus, Madrid 1970, p. 285 ss.

(19) *Teología del Mundo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 1970, p. 108, 110 y 194.

4a. Historicidad

El tiempo también ha cedido ante las investigaciones y hallazgos científicos del hombre, perdiendo así su carácter mítico y fragmentario. Al mundo se lo concibe dentro de un proceso evolutivo, en el que va desapareciendo la división entre un antes y un después de Adán y Eva, entre un antes y un después de la redención, para convertirse en un mundo idéntico, único, homogéneo. No se trata obviamente de una visión de fe sino de un entendimiento científico del mundo que debe ser tenido en cuenta para una interpretación teológica del mismo.

5a. Intercomunicación

Los medios de comunicación imprimen al mundo moderno una característica que lo distingue de los "mundos" pretéritos, lo expone más a los influjos del bien y del mal y le aumenta la conciencia de unidad.

Con esta característica de la comunicación nos estamos refiriendo obviamente a los medios de comunicación "corporal" (transporte por tierra, cielo y mar), que han dotado al hombre de una especie de omnipresencia en el mundo, como a los medios de comunicación "espiritual" (prensa, radio, cine, T.V. Tele-star) que han dotado a las ideas (cultura) de una especie de omnipresencia en todo hombre.

6a. Politización ideológica del mundo

Antes de terminar esta enumeración de algunas de las principales características del mundo actual, especialmente de aquellas que más influjo ejercen en la vida profesional,

queremos mencionar una que suele pasar inadvertida por quienes intentan caracterizar a nuestro mundo contemporáneo.

Nos referimos a la creciente politización del mundo moderno a partir del nacimiento de los Estados a finales de la Edad Media con la característica de la imposición totalitaria, abierta o larvada, de una ideología determinada.

Por política aquí no entendemos los partidos o fracciones que dentro de un Estado dividen las diversas tendencias o corrientes de la gestión pública. Entendemos más bien, con el Vaticano II y con Puebla, el alto manejo de la cosa pública en cuanto mira o debiera mirar al bien común de todos los ciudadanos.

El hecho que marca a esta alta política y que condiciona indefectiblemente la vida de cada ciudadano y de su ejercicio profesional consiste en el fenómeno que denominamos la politización del mundo moderno por influjo de las ideologías en que se inspiran los gobiernos.

Concretamente, queremos decir que no es lo mismo ejercer la medicina ni cualquier otra profesión en un país democrático que en un país totalitario de izquierda o derecha. Tal aspecto, que suele pasar inadvertido a profesionales y profesores de ética profesional, afecta sutil pero radicalmente al ejercicio profesional y a los valores más altos y añejos del ethos profesional.

7a. Grito de liberación

Dejaríamos imperdonablemente incompleto este elenco de carac-

terísticas si no hiciéramos mención, antes de terminar, de la nota que más distingue nuestro mundo latinoamericano: el grito de liberación.

Le cedemos aquí la palabra a la Conferencia Episcopal de Puebla cuyo mensaje total se puede resumir diciendo que es una respuesta a ese gigantesco grito por la liberación que se levanta de todo corazón latinoamericano.

Basta citar el No. 87 del Documento que recoge dicho clamor. "Desde el seno de los diversos países del continente está subiendo hasta el cielo un clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos". (20)

3. Resumiendo

Quien nos haya seguido hasta este punto, puede tomarse un descanso, haciendo antes con nosotros el siguiente resumen de lo expuesto.

En esta primera parte hemos tomado del Concilio Vaticano II y del Documento Episcopal Latinoamericano de Puebla los parámetros que nos sirven de criterio seguro para reubicar el ejercicio profesional dentro de los renovados horizontes teológicos y característicos del mundo actual que nos ayudan a comprender la existencia cristiana en el mundo contemporáneo.

Repetimos, pero ya fundados en datos que dan evidencia a nuestra

afirmación: la cátedra de ética profesional y con mayor razón, la educación ética de nuestros futuros profesionales no puede consistir, por equivocada fidelidad al pasado, en transmitirles una serie de normas anticuadas y unos códigos obsoletos, vaciados en manuales de ética profesional que poco o nada dicen a los profesionales de hoy para resolver los problemas éticos que les plantea el mundo actual.

Estamos convencidos de que sólo un esfuerzo individual y colectivo, de profesores y estudiantes juntamente con la institución misma universitaria, por reinterpretar el ejercicio profesional a la luz de una nueva comprensión del cristiano y de su trabajo en el mundo actual, orientará el cometido fundamental de la ética profesional que no puede ser otro que el de formar profesionales responsables de la construcción de un mundo mejor, camino hacia el mundo nuevo de Dios!

SEGUNDA PARTE:

Funciones de la ética profesional

Supuesta la anterior reubicación de la profesión dentro de una actualizada comprensión del cristiano en el mundo actual, apliquemos ahora dicho marco de referencia a redescubrir algunas de las funciones de la ética profesional.

1. Descubrir el carácter ético de la existencia

La primera función de la ética profesional o si se prefiere, del pro-

(20) Puebla, n. 87.

fesor de dicha asignatura, consistirá en ayudar a los futuros profesionales a descubrir el carácter ético de la existencia humana.

Con Luypen partimos del hecho que la existencia humana es una existencia *ética*. (21)

A pesar de ser ésta una tesis cierta que fundamenta y explica la afirmación de De Graaf que dice: "El hombre está lleno de un interés ético incorregible" (22) no resulta fácil convencer a los universitarios de hoy que entiendan y acepten la vida como una tarea que deben cumplir responsablemente.

El carácter ético de la vida humana se descubre y se plantea como problema con la pregunta ética por excelencia: ¿cuál es el sentido último, radical, totalizante de la existencia?

Mientras el hombre no se plantee esta pregunta no ha empezado aún a asumir la vida como hombre.

Sentido, en su acepción espacial, significa la dirección del movimiento. De aquí que, aplicado a la vida, que es "ex-sistencia", ese continuo ponerse en movimiento, el vocablo "sentido" significa que la dirección u orientación hacia donde debe tender la vida como su meta, aquello que la justifica, la realiza y la lleva a su plenitud.

Le damos una importancia capital al planteamiento de este problema, que es *el problema humano*, la incógnita que hace problemática

la existencia de todo ser humano, al comienzo del curso de ética profesional. Vamos a explicar por qué le damos esta importancia primordial a esta pregunta.

B. Lonergan en su artículo "Dimensión de sentido" (23), afirma que el hombre moderno se encuentra desorientado por la pérdida del sentido clásico que descubrieron las grandes civilizaciones de los siglos 8o. a 2o. anteriores a Cristo: Israel, Grecia, Persia, India, China, ...eje sobre el cual venía girando la historia humana. En esto, Lonergan sigue la tesis que sostiene el filósofo existencial alemán K. Jaspers en su obra *El origen y la Meta de la Historia*.

Esta pérdida de sentido se debió a la aparición del mundo moderno con sus descubrimientos que han dilatado los horizontes tanto espacio-temporales del habitat humano como psicosomáticos de la estructura misma del hombre. La desorientación ha creado confusión, pérdida de seguridad, angustia, etc., serie de síntomas que caracterizan al hombre del S. XX.

Asistimos a un vasto esfuerzo moderno por interpretar el nuevo mundo que ha surgido. Este esfuerzo por entender la nueva realidad es quehacer común de innumerables científicos y letrados—. "Pero el juzgar y el decidir se han dejado a cada individuo y éste se encuentra en condición desesperada. Tiene demasiadas cosas que aprender, antes de que pueda empezar a juzgar. A

(21) Citado por P. Sporken, en *Medicina y Ética en discusión*, edit. Verbo Divino, p. 20.

(22) *Ibid.* p. 21.

(23) En *Collection. Papers by Bernard Lonergan, S.J.*, editado por el padre F.E. Crowe, S.J., Herder and Herder, New York 1967 pp. 252-267.

pesar de todo al individuo no le queda más remedio que juzgar y decidir si va a existir, si va a ser” (24).

Repetir las fórmulas tradicionales de nuestra fe, de nuestra Historia Sagrada, podría dar a los menos avisados, la impresión de seguridad teológica y de fidelidad al pasado. A los estudiantes, tal presentación, ni los convence ni les ayuda a entender su vida ni a orientar su profesión.

Tarea primordial del profesor de ética profesional, lo repetimos, consiste en desentrañar, a la luz de la Revelación, el único sentido de la Historia, que es Jesucristo, encarnado en la nueva cultura y en la nueva civilización universal que está surgiendo.

Ética relativista?

Una razón más para hacer ver la importancia de la pregunta ética por el sentido de la vida.

La crisis de sentido, de que acabamos de hablar, ha dado cauce a una serie de interpretaciones y reinterpretaciones no sólo de variados matices sino aún contradictorias, al menos aparentemente, tanto en materia de fe como de moral.

Tal abanico de sentencias, de opiniones y de sentidos ha creado un pluralismo teológico y moral que aumenta la desorientación, induce al relativismo ético y crea una cierta zona de escepticismo interior. Todos, en mayor o menor grado, vivimos esta experiencia común del hombre moderno, experiencia de confusión, de relativismo moral, de

cierto escepticismo interior, al ver y sentir que todo se mueve bajo nuestros pies.

Con todo el hombre, si quiere ser tal, el profesional, si quiere serlo a carta cabal, necesita un punto de apoyo, necesita tocar fondo, más allá de sí mismo, para llegar a ser sí mismo. Genialmente observa Malraux:

—“Il faut que quelque chose soit sure. Il faut!” Se impone lo absoluto, que dé seguridad a lo relativo. Se impone el “más allá”, que le dé sentido al “más acá”.

Sin la sólida fundamentación en Jesucristo no daremos sentido a la existencia humana, ni orientación segura al ejercicio profesional.

La élite, toda ética y por ello la profesional, se relativiza y se hace mera ética de situación si carece de la base de sustentación que es la fe en el sentido último de la vida.

Resumiendo: toda ética profesional debe redescubrir el carácter ético de la existencia humana, lo cual equivale a decir que debe fundamentar lo relativo en lo absoluto, lo incierto en lo único seguro, que es Jesucristo.

2. Explicar la estructura moral a priori del hombre

La primera función de la ética profesional, de descubrir el carácter ético de la existencia, lleva necesariamente a desarrollar una segunda función, no menos necesaria que la anterior. La pregunta por el sentido de la vida, de la profesión, del amor, etc., y la búsqueda

(24) Lonergan, *Ibid.*

da de respuesta a tales preguntas parten del sujeto, se originan en la estructura operativa del hombre, estructura a priori, cuya explicación es cometido indeclinable del catedrático de ética profesional.

Los nuevos problemas planteados al profesional por la nueva civilización urbano-industrial ni pueden ser previstas de antemano ni mucho menos resueltas. A menos que nos escapemos a una ética esencialista y abstracta que programe un mundo teórico moral muy claro, definido y fácil para soltarlo luego a un mundo complejo, oscuro, difícil, en el cual las normas abstractas no hallan aplicación y sólo sirven para hacerlo sentir culpable de infringirlas a diario.

Aquí tiene perfecta cabida el adagio chino lleno de sabiduría: "Si tu hijo te pide pescados, dale un anzuelo y enséñale a pescar". Cuya aplicación a la ética profesional es clara. Si el universitario te pregunta cuáles acciones son buenas, fórmale la conciencia y suéltalo en el mar de la vida.

La conciencia moral

No nos hallamos en clase de ética. Esto nos excusa de presentar aquí un análisis de la conciencia moral. Nos ocupamos aquí de trazar algunas líneas directrices que ayuden a reorientar la enseñanza de la ética profesional en la Universidad.

La conciencia moral constituye la estructura operativa del hombre a nivel racional. Decimos, a nivel racional, porque el hombre todo es operativo. Su estructura o naturaleza forma o debe formar un todo

compuesto de partes operativas. Ya la sensación es una actividad. La intelección es otra. La afirmación que consiste en formar juicios determina otra actividad cuyo fruto es la verdad. Pero el hombre no se realiza ni llega a su plenitud sólo con conocer intelectualmente ni con verificar la verdad de sus conocimientos científicos y culturales. El hombre se realiza como tal cuando alcanza la cumbre de la actividad racional, cuando obra de acuerdo a su conciencia. Sólo en este momento entra en la órbita de la ética.

El obrar ético constituye una estructura. Entendemos por estructura un todo compuesto de partes. En la estructura dinámica el todo consta de partes en movimiento. Se trataría de una estructura dinámica material, cuando el todo, como es el caso de cualquier máquina o motor, las partes o elementos estructurales son piezas materiales. Por ejemplo un reloj, un automóvil. Si las piezas o partes de la estructura no son ya materiales sino formales o espirituales, como las actividades u operaciones de los seres vivos, nos estamos ya refiriendo a estructuras vitales, como el animal o el hombre. Decimos entonces que la conciencia moral constituye una estructura dinámica vital, que consta de tres "piezas" o actividades: la deliberación, la decisión y la ejecución.

La deliberación

El primer papel o función de la conciencia lo desempeña cuando se pone en plan de deliberación, evaluación y reflexión sobre los valores. Así lo enseña explícitamente Ricoeur cuando dice: "La cons-

ciencia se constitue en conscience morale lorsqu'elle se fait tout entière évaluation, réflexion sur ses valeurs". (25)

Sólo cuando entra de lleno a deliberar sobre las motivaciones del objeto por realizar, el hombre se hace sujeto ético en plenitud. Allí, deliberando y evaluando los pros y los contras *humanos* (valores morales), la verdad empieza a hacerse bien, el hombre intelectual empieza a hacerse moral.

El sujeto moral, el yo que entra en proceso de deliberación, se encuentra referido a dos polos: el objeto o acción que piensa realizar y las motivaciones o valores morales que le van a dar sentido humano y valor moral a la acción. Estos dos polos, el objeto y las motivaciones abren o más exactamente concretan la apertura de la conciencia al mundo. El yo moral necesariamente es apertura, al tú, al vosotros, al mundo.

Antiguamente se hablaba en moral, de las circunstancias, como factores externos de moralidad que ocasionalmente y "desde fuera" modificaban cuantitativa y a veces cualitativamente la moralidad del acto interior.

Hoy se tiende, en moral, a considerar estas circunstancias, no como ocasionales y externas, sino como habituales e interiores que condicionan o determinan la decisión, según el caso.

Toda deliberación tiende a terminar en un juicio de valor. Este jui-

cio último práctico sobre la moralidad de la acción por realizar es lo que la moral tradicional ha conocido con el nombre de conciencia. La tradición cristiana ha enseñado siempre que el hombre debe seguir este juicio de la conciencia bien formada. Es la norma subjetiva de moralidad.

El peligro de caer en el relativismo, temor que abrigan todos los partidarios de una ética absolutista abstracta, se evita con la deliberación sobre las motivaciones o valores morales que deben fundamentarse en el sentido último de la vida que constituye el valor absoluto, o bien supremo del hombre, que no es otro que Jesucristo.

La Constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II nos presenta un ejemplo ideal de lo que debe ser una deliberación perfecta. (26)

Queda mucho por decir acerca de la deliberación pero no hay que olvidar que aquí nos limitamos a orientar la labor del catedrático de la ética profesional.

Presupuesto un recto juicio moral, fruto de la deliberación, se siguen la decisión y la ejecución.

La decisión es el eje sobre el cual gira toda la ética y toda la vida moral del hombre.

Sólo el entrar a analizar la decisión desde un plano filosófico nos daría para un artículo más largo que el presente.

Nos limitamos a sugerir dos lecturas de recia envergadura. El li-

(25) *Le Volontaire et L'involontaire*, edit. Aubier, Montaigne, p. 71.

(26) Cfr. GS, 50.

bro "Insight" de B. Lonergan, sobre todo el capítulo XVIII que trata de la posibilidad de la ética, y la obra de P. Ricoeur, citada arriba, que lleva por título: "Le volontaire et l'involontaire" en especial el capítulo primero "Description pure du decider".

3. Descubrir las dimensiones éticas de la profesión

Con este "anzuelo" moral, se sigue como función de la ética profesional, enseñar a los estudiantes universitarios a "pescar", es decir, a descubrir el bien y el mal, no en abstracto sino precisamente en su mundo profesional.

La primera tarea consistirá en ayudarles a descubrir las dimensiones éticas de su profesión. Tarea que debe incluir los siguientes campos:

3.1. *Purificación de la elección de carrera*

El curso de ética profesional constituye la mejor oportunidad para ayudar a los estudiantes universitarios a rectificar y purificar su elección de carrera.

Las motivaciones, con frecuencia latentes, determinan la fuente principal de moralidad.

Obviamente que el "objeto" o naturaleza misma de la carrera ya encierra, al menos virtualmente, un potencial moral de incalculables consecuencias para el día de mañana.

Desde el ángulo moral, teniendo en cuenta la naturaleza y medio ambiente concreto en que se suele

ejercer, no representa lo mismo, por poner ejemplos contrastantes que ayuden a entender lo que queremos decir, no dá lo mismo elegir ser médico o arquitecto que ser corredor de bolsa, artista, periodística o político profesional!

Pero admitiendo el abanico creciente de carreras en cualquier Universidad, el énfasis de la moralidad recae necesariamente en las motivaciones.

Aquí hay que llamar la atención sobre el hecho de que la deliberación y selección de motivaciones no se realiza en forma individual o como suele decirse "químicamente pura". El ciudadano prácticamente no se puede librar de los influjos que ejercen en su inconsciente las motivaciones reinantes en el medio social y político en que vive. Lo que decimos explica el hecho de que no es lo mismo, en cuanto a motivaciones se refiere, ejercer la profesión en un Estado totalitario que en uno democrático o "libre", que a la hora de la verdad se identifica con capitalista e individualista.

El éxito y el lucro forman motivaciones ocultas, aquellas que nunca se revelan a la hora de las encuestas o entrevistas, metas egoístas a que aspiran casi todos los profesionales de Estados "democráticos".

Aquí es donde conviene entrar de fondo en un análisis de las motivaciones humanas y cristianas. En países, como los nuestros, marcados por las estructuras de pecado y de injusticia, como las describe el Documento de Puebla, la motivación de todo profesional, máxime el educado en una Universidad

Católica, no puede ser otra que el servicio a la comunidad con miras a liberarla integralmente de toda opresión y alienación corporal y espiritual.

3.2. *Humanización de la profesión*

El horizonte de mar que se abre a la "pesca moral" cuando pasamos de la *elección* de carrera (sujeto, motivación) a la carrera misma o profesión (objeto, ejercicio profesional) es prácticamente infinito. Contentémonos con enunciar las líneas de acción.

3.2.1. *Humanización de la profesión*

Cada profesión, según su naturaleza peculiar, le crea un problema específico ético al profesional. Por poner un caso, que ilustre esta afirmación, tratemos de reconstruir el ejercicio profesional del odontólogo. Este trabaja con el rostro humano en un consultorio que se presta a la intimidad. No se ha tomado todavía suficiente conciencia de la erotización por no decir sexualización que han producido los medios de comunicación (cine, T.V., revistas, etc.) del rostro humano. La cara constituye hoy día uno de los estímulos sexuales más poderosos de la industria consumística actual. Trabajar ocho o diez horas al día con el rostro humano, con la proximidad del tacto y de la vista, no puede constituir un dato indiferente para el odontólogo ni para el profesor de ética odontológica. Sin que este aspecto determine el único factor ético de dicha profesión.

Dígase lo mismo de cualquier otra profesión. Es tarea común del profesor y del profesional descubrir el factor o los factores éticos peculiares del ejercicio profesional.

Sólo una humanización radical (que vaya a la raíz) de la actividad profesional puede garantizar una eticidad básica de dichos factores.

Un parámetro general de toda ética profesional lo constituye la relación personal entre el profesional y su cliente.

Hay que educar al universitario para que descubra y desarrolle esta dimensión interpersonal.

Por persona entendemos el sujeto capaz de auto-determinarse. Es decir el sujeto capaz de deliberar por propia cuenta y de llegar a decisiones responsables. Esta naturaleza personal del hombre es la que lo dota de derechos humanos, sin los cuales la vida y el ejercicio personal serían imposibles.

3.2.2. *Humanización de la Institución*

Hoy día casi todas las profesiones se ejercen en forma institucional o bien dentro de una institución. La ética profesional no puede desentenderse de una función que posibilita la eticidad del mismo ejercicio profesional como es la humanización de la institución donde trabaja.

Es conocido de todos el que el progreso de la ciencia y la técnica, a pesar de sus méritos indiscutibles, ha deshumanizado lamentablemente al hombre y a sus instituciones o establecimientos.

En el caso de la medicina, por citar un ejemplo, las instituciones hospitalarias, con sus equipos avanzados, sus unidades de urgencias y cuidados intensivos, con las consultas e interconsultas y con el poderío creciente y casi mágico de los galenos, corre el peligro de "apoderarse" de la vida y derechos del paciente. Una vez que el enfermo cruza el umbral de la clínica u hospital queda a disposición casi omnímoda de la institución.

Como dato simbólico de la despersonalización del paciente, sucede con frecuencia que se le designa por el número de la pieza. La enfermera recibe la orden: "Favor pasar a cirugía al paciente (de la pieza) 324!" No es raro el caso en que el médico ausculta los síntomas patológicos de un organismo vivo sin atender a la persona.

La humanización de una institución profesional debiera comenzar, por ejemplo en el caso de un centro hospitalario, con una especie de declaración de los derechos del paciente. Así comenzaría a tomar cuerpo la vivencia moral del ejercicio profesional.

Otras aplicaciones de la humanización de la institución las puede deducir fácilmente el profesor.

3.2.3. *Humanización del medio social de la profesión*

Profesional que no asuma la cuota de responsabilidad en "sanear" y humanizar el medio social propio en que ejerce su profesión, no sólo no lleva su ética profesional hasta sus últimas consecuencias sino que puede dejar imposibilitadas las pri-

meras. Resulta casi imposible ser honesto en un mundo deshonesto.

Y por mundo aquí se entiende el "mundo" profesional, aquella urdimbre exterior que hace entrada progresivamente en el interior de la conciencia, de los criterios, motivaciones, costumbres, y formas de pensar, juntamente con sitios, equipos y personas que constituyen social y concretamente la profesión. Aquí encuentra el profesional un inmenso campo de acción.

Observa G. Campanini en su artículo "Trabajo" del *Diccionario Enciclopédico de Teología Moral*:

"Ninguna ética cristiana del trabajo (y de la profesión) puede proponerse si en su conjunto no consigue ser también una ética de las estructuras y, por tanto, un momento esencial de la ética social" (27)

4. Humanizar al profesional

Podríamos señalar otras funciones de la ética profesional, por ejemplo:

- explicar el ethos de la respectiva profesión;
- hacer ver la responsabilidad del profesional frente a la comunidad;
- descubrir las dimensiones éticas de la técnica;
- desarrollar las normas de la investigación;
- actualizar el concepto de ley natural;

(27) D.E.T.M. L. Rossi y A. Valsecchi, ediciones Paulinas, Madrid 1974, p. 1111.

- elaborar los principales valores morales de la profesión en general (servicio, honradez, veracidad, justicia social, etc.) y de la respectiva profesión;
- dar a conocer y comentar, si existe, el código ético de la profesión, etc..

Pero no quisiéramos terminar este breve análisis de algunas funciones de la ética profesional sin mencionar una que juzgamos en el momento actual de capital importancia: *la humanización del profesional mismo*.

Los motivos son claros y urgentes. El positivismo científico, el materialismo de la técnica, el ansia de lucro, la sociedad consumísta, y otros factores varios, están deshumanizando al profesional en forma acelerada y alarmante. No es que seamos adversos a la técnica y al progreso. Sobra decir que no. Pero somos éticos y la ética busca más al *hombre* de la técnica que la *técnica* del hombre.

El hombre del éxito

El profesional está más convencido que nadie del éxito de la ciencia y la técnica. Este fenómeno que vive casi desde su infancia afecta radicalmente su existencia y el sentido de su vida. El profesional se está convenciendo que el mundo está en sus manos. Los valores que sirven de parámetros a su ejercicio profesional lo condenan a la actividad exagerada y febril, al progreso y al éxito. El fracaso representa hoy uno de los mayores temores del profesional. Solo le importa el éxito profesional.

Moltmann describe con acierto las consecuencias de este nuevo tipo de religión.

“Y, ¿qué consecuencias tiene la divinidad de ese dios, para la humanidad del hombre? Pues que vivir significa sólo actuar, llevar a cabo, hacer y dominar. Esta orientación unilateral a la acción y al éxito hace inhumano al hombre y eliminar todos los otros aspectos débiles y sensibles de la vida. El que sufre es un enfermo. El que llora y se entristece demuestra que le falta fuerza. El mundo ya no tiene nada que decirnos: no nos afecta. Con él podemos hacer lo que queramos. Ninguna desesperación nos desgarrar el alma. Somos duros en el dar y el recibir. No nos toca el dolor ajeno. El amor ya no es una “pasión”, sino sólo un acto sexual. El hombre del éxito no llora, y sólo ríe por cortesía. La frialdad le es familiar. Lo bueno, para él, es lo que promueve su actividad. Lo malo es lo que impide su éxito. Los otros hombres son sólo sus rivales en la lucha por la existencia. Su escatología es la supervivencia del más débil. Y como quiere controlar al mundo, se mantiene a sí mismo bajo control constante. En una palabra: quien cree en el dios de la acción y del éxito se convierte en un hombre sin pathos, sin sentimientos. Ya no nota nada del mundo ni de los otros. Desconoce todos los dolores que causan sus actos. No quiere conocerlos, y elimina de su vida las experiencias crucificantes”. (28)

Podríamos añadir otras funestas consecuencias a las enunciadas por

(28) *Selecciones de Teología* 45 (1973) p. 5.

J. Moltmann. Destaquemos sólo dos:

El profesional se está volviendo un hombre poco culto. No le queda tiempo para cultivar el arte, la música, el teatro, la lectura sería etc.. Su profesión no le deja tiempo para nada. Es lamentable la incultura que demuestra hoy día cualquier profesional en una reunión social: no sabe hablar más que de su profesión y, dentro de ésta, de su especialidad. Consecuencia, más grave aún, de esta superespecialización de la profesión y divinización de la técnica y del éxito, es la "muerte" del matrimonio. Los profesionales, en forma insensata, están acabando con su hogar! Lo que ésto significa no puede describirse. Esto se vive y se padece.

El problema es grave, gravísimo. No es individual. Cada año cobra nuevas víctimas. Se está generalizando.

Por lo demás, su solución no es fácil. Si no nos alimentara la esperanza cristiana diríamos que es imposible.

Con todo, la ética profesional no puede darse por vencida como tampoco creer ingenuamente que con unos cuantos consejos y unas normas éticas vamos a hacerle frente a la acelerada descristianización y deshumanización del profesional.

La ética debe humillarse y reconocer que ella sólo no cuenta con los elementos adecuados para la solución.

De aquí su recurso a la fe para iluminar la vida del profesional.

5. Ética y fe cristiana

Hoy día se va extendiendo ya la convicción de que fe y ética son dos cosas completamente distintas. No faltan quienes afirman que es posible una ética y concretamente una existencia profesional éticamente correcta, sin fe en Dios. No formamos parte de esta legión. Tanto la fe cristiana como una bien fundada antropología filosófica nos enseñan que la conducta no adquiere consistencia si no se fundamenta explícita o implícitamente en Dios, plenitud del hombre y sentido último de su vida y de cada uno de sus actos.

Le pregunta clave ahora es la siguiente: Puede hablarse de una conexión real y práctica entre una concepción cristiana de la vida y la ética profesional? Ofrece el cristianismo un mensaje ético al profesional actual?

Personalmente estamos convencidos de que sí.

Sin necesidad de entrar, dada la naturaleza de este estudio, en la acalorada y extensa discusión de la teología moral actual sobre la *especificidad* de la moral cristiana, para nuestra reflexión, bástenos echar mano de la conclusión a que parece estar llegando la mencionada discusión, a saber, que el Mensaje cristiano no presenta *contenidos* específicos morales distintos de los que ofrece una ética filosófica pero sí aporta una *inspiración* fundamental que hace nuevos y más exigentes los parámetros y pautas éticos de conducta.

Léase por ejemplo el estudio de S. Bastianel que lleva por título:

“Il carattere specifico della morale cristiana”, Citadella Editrice — Assisi.

Paul Sporcker en su reciente obra “Medicina y Ética en discusión” recoge esta inspiración cristiana y la aplica a la ética, cuando afirma:

“Lo característico de nuestra idea cristiana de la vida no radica en que estemos dispuestos a un amor incondicionado al prójimo, ni en que intentemos descubrir lo que este amor o sentido de humanidad exige de nosotros. Estas son cosas muy bien situadas en la línea de todo humanismo honrado, y es perfectamente posible que en cualquier otra visión de la vida encontremos una acentuación igualmente intensa de la importancia del amor al prójimo. En el evangelio se nos presenta a Cristo en cuanto presencialización histórica de Dios en el mundo. De tal manera es él la forma de expresión vital de las relaciones entre Dios y el hombre, que con la negación de su relación con Dios se negarían ipso facto sus relaciones con los hombres. Lo característico del concepto cristiano de la vida consiste más bien en que, al afirmar la presencia salvífica de Dios en este mundo mediante nuestra profesión de fe en Jesús de Nazareth, intentemos corroborar nuestra fe con un amor humano auténtico, en la práctica de la justicia, en la bondad y en la disposición a perdonar y a ofrecer una ayuda efectiva a quien la necesite de nosotros. En una palabra; que demostremos nuestra fe en una humanidad verdadera”. (29)

La fe en Dios para el cristiano se convierte en esperanza en el hombre y en el futuro del mundo. Esta consecuencia la pone de relieve el mismo Sporcken cuando dice:

“Se trata de buscar lo verdaderamente humano en el Espíritu vivo de Cristo, con el fin de llevarlo a la práctica y contribuir de este modo a la realización definitiva de esta humanidad en el mismo Cristo. Así se puede decir tal vez mejor: la interpretación cristiana del mundo lleva la impronta de la esperanza de que todas las cosas del mundo abocarán a un buen fin, a pesar de la experiencia de nuestra impotencia frente al mal que hay en el mundo”. (30)

La fe cristiana, parece contradictoria a primera vista, nos compromete más con el hombre mismo y con el mundo que con Dios. La fe hace crítico al profesional frente a la comunidad. Así resume Sporcken su concepción de la ética cristiana:

“La ética cristiana puede caracterizarse, consecuentemente, del siguiente modo: reflexión y análisis crítico del ethos dentro de la comunidad, junto con el esfuerzo de captar la imagen del hombre que le sirve de base, a fin de revisarla a la luz de la interpretación cristiana de la existencia y contrastarla con la imagen cristiana del hombre”. (31)

Con estas ideas vengamos a nuestro problema de la deshumanización

(29) P. Sporcken, *Medicina y Ética en discusión*, p. 31.

(30) *Ibid.*, p. 32.

(31) *Ibid.*, p. 34.

del profesional causada por la técnica y por el principio de la acción y del éxito.

El profesor de ética profesional no puede contentarse con rociar agua bendita en los surcos de la profesión. La labor tiene que ser más de fondo. Sólo una larga tarea de recristianización del universitario, tarea que compete no sólo al profesor de ética sino a toda la institución en cumplimiento de su especificidad de católica, pueden producir los resultados de un profesional auténticamente católico, de donde se seguirá un ejercicio profesional cristiano.

Pero volviendo al profesor de ética creemos que su cátedra y su enseñanza toda, tiene que inspirarse en el Mensaje cristiano y que su objetivo, más que a presentar un catálogo de normas, que regulen el ejercicio ético de la profesión, debe dirigirse al estudiante mismo para hacer de él un católico integral.

Sin fe no hay hombre. Sin fe no formamos profesionales responsables y correctos.

El profesional, aún para el sano ejercicio profesional, necesita descanso, necesita hogar.

6. Profesión y descanso

Descanso y ocio no implican necesariamente diversión. Las diversiones actuales con frecuencia fatigan el espíritu y desintegran la conciencia moral.

“La ética cristiana del trabajo, observa atinadamente Campanini,

se encuentra empeñaba en dos frentes. Por una parte, ha de asumir la esencia de la experiencia del trabajo, para convertirla en un momento de liberación y de crecimiento de la persona y, por otra, ha de proclamar que la dimensión del trabajo no agota a todo el hombre... Devolver al trabajo, continua Campanini, su profundo sentido, dando también al tiempo libre un significado y personalizante, es tarea fundamental de la ética del trabajo”. (32)

La oración, al apuntar el día o al morir el sol, la misa dominical, dan al profesional la convicción de que el éxito y la salvación en último término, no vienen de la ciencia y de la técnica, sino parten de Dios, y de que el trabajo no constituye la meta definitiva del hombre sino el descanso eterno junto a Dios.

7. Hogar y profesión

Terminemos ya nuestro largo itinerario de las funciones de la ética con esta noble función de enseñanza a los universitarios la íntima relación entre hogar y profesión o más exactamente entre matrimonio y el mismo profesional.

No se trata de hacerles ver a todos los estudiantes que se deben casar. Hoy más que nunca la soltería debiera ser un *estado* que recoge no propiamente a los “quedados” sino a aquellos que hacen de ella una responsable elección. Personas que, con culpa o sin ella, por psicopatías severas, constituyen un peligro para el cónyuge o los hijos,

(32) D.E.T.M., p. 1115-1116.

no debieran casarse. En la genial película de Bergman, Sonata Otoñal, la hija le echa en cara a la madre, pianista profesional, su irresponsabilidad al casarse y engendrar dos hijas enfermas psiquiátricas, diciéndole: "Personas como tú, son un peligro!".

Hecha esta salvedad, podemos afirmar que el hogar forma al hombre maduro y le da estabilidad. El hogar cura las heridas de la jornada y reconcilia con la vida, con los hombres, con Dios. La ética profesional tiene que organizar los valores y establecer entre ellos una justa jerarquía. Aquí es cuando el profesor debe establecer la primacía del amor sobre el trabajo, la primacía del matrimonio sobre la profesión. Amar más a la profesión que a la esposa constituye una verdadera infidelidad, que se paga a alto precio, como se paga la otra infidelidad.

Moraleja

Tanto el Vaticano II como el Documento de Puebla y los varios autores citados nos demuestran hasta la saciedad que la ética profesional debe dejar su visión casera, individualista y provinciana para convertirse en una ciencia crítica de la existencia profesional en toda su amplitud con miras a formar profesionales auténticamente cristianos responsables de la construcción de un mundo mejor.

CONCLUSION: Función crítica

Prometimos terminar nuestro trabajo con una reflexión sobre la función crítica de la ética (profesional) frente a la institución universitaria.

Se impone una aclaración que hará las veces de breve fundamentación del carácter crítico de la ética precisamente en el seno de la institución que le da acogida.

Una primera concepción del cristiano en la Iglesia universal o local, de cierto sabor piadoso y en el fondo infantil, sostiene que su presencia, al interior de la Iglesia, debe ser de sumiso acatamiento de la autoridad y de las estructuras eclesiales, lo mismo que de sus pautas y normas de conducta. Una actitud crítica suele escandalizar a los defensores de dicha concepción, obviamente.

No negamos cierto valor a dicha concepción, criticable por lo demás, pero nos parece que desconoce la naturaleza del hombre, que es crítica y los derechos de crítica que le reconoce la misma Iglesia tanto entendida como comunidad de creyentes en Cristo, como su Magisterio doctrinal.

Reconociendo los excesos de hecho que una reacción hipercrítica y aún contestataria ha manifestado en los últimos años contra la autoridad o autoridades de la Iglesia, creemos que tales abusos no invalidan los derechos a la crítica que posee todo hombre y, por lo tanto, el cristiano, quizás con mayor razón.

El célebre teólogo católico Rahner, en un folleto digno de leerse, titulado *Opposition in der Kirche*, publicado en 1974, establece la fundamentación de la crítica eclesial y señala sus alcances y sus límites.

Creemos que sus enseñanzas son válidas con respecto a la función crítica de la ética al interior de la Universidad, guardadas las debidas

proporciones. Extractamos sus principales afirmaciones:

“Excluída la posición y actitud de quien “crítica y hace oposición por simple amor de crítica y de oposición” y que por lo tanto “se desautoriza a sí mismo y no a la realidad que critica”, pasa Rahner a estudiar la naturaleza de la crítica auténtica intraeclesial.

La crítica y la oposición, para ser auténticas, exigen de quien las hace, amor a la Iglesia:

“Presuponemos, por tanto, que quien critica, posee, en línea de principio y mantiene una relación positiva con la Iglesia”.

Esta relación con la Iglesia presupone la fe en Jesucristo:

De hecho tal relación con la Iglesia, auténticamente conforme con la fe, que se espera de nosotros, se tiene sólo cuando está presente una fe en sentido propiamente cristiano y cuando con esta fe auténtica, como tal, se afirma a la Iglesia como contenido parcial de la realidad de tal fe. Por tanto, sólo allí donde viene reconocido Dios con el compromiso absoluto de la propia existencia como aquel que se ofrece a sí mismo en una manera definitiva e insuperable en Jesús crucificado y resucitado; sólo allí donde en este compromiso extremo por Dios en Jesús se acepta asimismo la comunidad de fe animada por su Espíritu, que es el lugar irrenunciable de tal fe, y precisamente también en su institución fundamental, existe realmente aquella relación que la Iglesia, con base en la concepción que tiene de sí misma, espera de sus miembros”.

Según sea esta relación con la Iglesia, serán las posibilidades y límites de la crítica y de la oposición a la misma:

“Según la relación que un determinado católico tiene para con la Iglesia, también su oposición intraeclesial a ella, o a determinadas realidades eclesíásticas, será muy distinta, y distintos serán también los límites que él señale a su propia crítica.

“Quien posee una relación puramente provisoria frente a la Iglesia, no fundada en su última decisión de fe por Dios en Jesucristo, puede naturalmente pensar también en urgir en determinados casos, la propia oposición intraeclesial hasta el punto de salir de la Iglesia. En cambio quien toma en serio y en forma radical el carácter absoluto de su compromiso de fe por Dios en Jesucristo y, por tanto, no considera la posibilidad de una interrupción de tal compromiso como una posibilidad intrínseca a este último, porque pone el sí dado a la Iglesia al interior de este compromiso absoluto, éste tal concibe y quiere obviamente la oposición a la Iglesia como simple y claramente intraeclesial”.

Supuestas estas condiciones, Rahner afirma el siguiente principio fundamental:

“En la Iglesia pueden y deben existir, en línea de principio, una oposición y una crítica precisamente como momento intrínseco de la eclesialidad plena y conforme a la fe”.

1. Ética y Universidad

Con estas enseñanzas de Rahner, que juzgamos confiables y orientadoras, pasemos a indicar, siquiera, cual sería la función crítica de la ética en la Universidad.

Partamos de un hecho. El mundo actual, en el sentido negativo de San Juan, es decir el espíritu mundano contrario al espíritu cristiano, es decir, de Cristo, se infiltra en la Universidad, en sus personas y en sus estructuras. Creer que la Universidad por ser católica, es buena y es cristiana, resulta una ilusión y una mentira. La Universidad, católica por la inspiración que la anima y la vivifica y por la mayoría de las personas que la componen, se encuentra inficionada por el espíritu del mal que contamina sus instituciones, sus estructuras y sus personas.

La crítica, entonces, no es sólo permisible y tolerable, sino necesaria, saludable y bienvenida.

Para que tal crítica sea saludable se requiere que nazca de un grande amor a la Institución, especialmente a sus personas. Debe buscar el bien, es decir, la purificación del espíritu mundano y el mayor rendimiento de sus potencialidades, como centro del saber, la investigación y el servicio a la comunidad.

Sólo así la crítica a la Universidad y al interior de ella misma, podrá ser saludable y constructiva.

2. A quiénes debe dirigirse la crítica?

Ante todo a sus Estatutos y Reglamentos generales ya que ellos marcan las pautas orientadoras del que hacer universitario.

Las instituciones estatutarias y reglamentarias de la Universidad de-

ben contener la inspiración cristiana de que hablamos y deben ser aptas para formar profesionales abiertos al cambio de las estructuras socio-políticas, y decididos a poner su profesión al servicio de la comunidad.

La ética debe criticar, en segundo lugar, las mismas estructuras sociales, presentes en la vida universitaria, lo mismo o con mayor razón, lo que podríamos llamar la estructuras universitarias.

No es raro ni difícil que el espíritu mundano se haga presente en la Universidad en el término, ya consagrado en los documentos magisteriales, de "estructuras de pecado", o sencillamente, estructuras viciadas por el pecado del individualismo, el capitalismo o la burocratización.

Función de la ética, es también criticar a las personas, no en su vida privada, sino en el desempeño de su función correspondiente.

Universidad que no ejerza este derecho a la crítica personal funcional abre su paso a la desintegración, a la desorganización y al fracaso.

Finalmente, la Universidad, en sus elementos éticos, debe permanecer vigilante y crítica, para descubrir y sancionar los hechos que lesionen su dignidad, lo mismo que los hechos que degeneren en deterioro de la justicia y de la fe.

Hoy más que nunca compete a la ética vigilar por la salvaguardia del hombre y por el progreso de su salud mental y espiritual.

Si avanza el progreso técnico y científico debe avanzar con mayor impulso la ética profesional!